LECCIÓN VI

El racionalismo y la divinidad de Jesucristo

¡Qué tema tan hermoso, tan vasto, tan agradable á la mente y tan grato al corazón! En él se encuentran dos hechos que lo deciden todo: la negación racionalista que introduce una espantosa revolución destruyendo el Cristianismo, asentando el reinado del absurdo y convirtiendo en cosa laudable lo escandaloso y blasfemo, y la afirmación católica defendiendo la verdad y con ella los intereses de la razón, de la historia, de la moral y de la santidad. Si Cristo no es Dios, el mundo cristiano cayó en deplorable locura, y no se ven trazas de que se cure de ella; si Cristo es Dios, el mundo cristiano es razonable y procede con justicia y acierto prestándole adoración, y puede con pleno derecho acusar al racionalismo como impío perturbador del mundo religioso, del mundo moral, del mundo inteligente. Y no obstante, dadas esas consecuencias, el error camina pertinaz, vencido mas no convencido, en su absurda negación. Y aquí brilló maravillosamente la providencia de Dios, suscitando hermosísimos trabajos que defienden el dogma capital, la divinidad de Jesucristo. Este asunto puede estudiarse de dos maneras: ó bien ofreciendo en una síntesis el Cristo incomprensible del racionalismo y el

Cristo verdadero de la Iglesia católica, ó bien exponiendo los pormenores del asunto y dejando al lector que saque la consecuencia final de todo. El espacio que tenemos disponible nos impide ser minuciosos; vamos á tomar, pues, el siguiente partido: Expondremos, primero, el asunto, como síntesis, y luego, como prueba y confirmación, los puntos diversos que le sirven de base, dejando hablar á los que mejor han estudiado tan divino y trascendental asunto.

La síntesis.—No ha mucho tiempo, estudiando este asunto de la divinidad del Salvador, escribíamos lo siguiente que resume y sintetiza el estado de la cuestión:

«¡Hemos llegado al fin del siglo! La ciencia que tanto prometía resulta en fin de cuentas con las manos vacías! Toda su síntesis acerca de las tres grandes realidades de la filosofía, Dios, el hombre y el mundo, resuélvese en esta fórmula desconsoladora: «Dios es un *mito,* el hombre un *mico* y el mundo una fórmula de mecánica». Con este resultado, tenemos que el ateísmo materialista es la idea que informa á la ciencia moderna, á la ciencia de los Büchner y Haeckel; y como si esta bárbara demolición en donde perecen la idea de Dios, la del alma y la de la creación, fuese todavía poco para saciar el descomunal apetito de la soberbia humana, también esa misma negación vino á poner su mano sacrílega sobre la faz sagrada de Jesucristo, descargando sobre Él más impía bofetada que aquella de que nos habla el

Evangelio al referirnos la dolorosa pasión del Salvador.

No hablemos de los necios delirios de Dupuis; nadie se acuerda ya de eso como no sea para ridiculizarlo; pero no podemos olvidar los esfuerzos titánicos del alemán Strauss, que llenó cuatro tomos de enfadosa erudición para querer probar lo imposible; ¡para hacernos creer que el Cristo de la Iglesia, el Cristo real y verdaderamente histórico, no era más que un mito! Cierto es que la obra de Strauss no había de atraerse muchos lectores, pues el mismo Lacordaire, hombre de calma y de paciente estudio, al hablar de ella á su auditorio de Nuestra Señora, les decía: «Por causa vuestra he tenido que devorar aquellos cuatro tomos de un tedio trascendental». Esta mole pesadísima no era de lo mejor para divulgar la mentira y el sofisma; así lo comprendió Renan, y tomando de allí cuanto le convino, dió al mundo, ansioso de malas doctrinas, la novela, que no historia, en donde se desfigura por entero la persona sagrada de Jesús, y se destroza con inaudito atrevimiento la narración evangélica; el libro de Strauss es una burla feroz á la historia; la novela de Renan es una traición hecha á la verdad cristiana; ¡hay en ese libro algo tan repugnante á la honradez literaria, que no se puede pensar en él sin sentirse indignado! Para coronar esa obra infame de negación anticristiana vienen los postreros ecos de la crítica racionalista entonando himnos de alabanza al gran

filósofo, al reformador, al hombre extraordinario, ¡cómo si todo esto no fuera malvada injuria hecha al que es Dios y hombre, y á cuya divinidad no es dado tocar sin incurrir en la incalificable culpa de lesa majestad divina! El Cristo que nos ofrecen es un sueño, un héroe de novela, un hierofante, un maestro ridículo, que no siendo más que un simple mortal, mero hombre, pretende hacerse pasar por Dios, engaña miserablemente al pueblo que le contempla, y alcanza, ¡oh poder extraño! que la flor y la nata de la humanidad se postre ante él durante diecinueve siglos, y que merced á su influencia el mundo cambie de aspecto, y una civilización nueva, como jamás se había conocido, brote al calor de esa estúpida idolatría del mundo entero apasionado por un farsante que murió clavado en cruz, como usurpador del título de Dios, como revoltoso y blasfemo!

Todo esto, claro está, es un verdadero caos, y no puede sostenerse ante la verdadera crítica; ¡y sin embargo, esto sostiene el racionalismo, y lo vende como la obra maestra del saber humano! ¡Ah, si el Cristo fuese así, ese Cristo merecería el más solemne desprecio!

¡Pero ese Cristo es monstruosamente absurdo! ¡El buen sentido lo rechaza, la historia lo desmiente, la verdadera ciencia lo condena, y la conciencia cristiana se subleva ante ese personaje extraño, imposible y ridículo!

¡Cuán distinto es el Cristo de la Iglesia, el verdadero Cristo, el Cristo real, el Cristo de la

tradición y de la historia! ¡Es el hijo de Dios, encarnado en las entrañas purísimas de la Virgen madre; Aquél en quien el Padre tiene sus complacencias; el Salvador de los hombres, el nuevo Adán, humilde, manso, sincero, que perdona los pecados del mundo, que reparte el bien á manos llenas, que muere voluntariamente, víctima inocentísima, que con su sangre lava todas las culpas, con su luz abre nuevos horizontes á la verdad, con su amor diviniza á los mortales, renueva el mundo, crea la Iglesia, comunica su propia carne á los hombres para santificarlos, establece el hermoso reino de las almas, y abre las puertas del cielo, cerradas antes para la caída y triste humanidad! ¡Este es el Cristo real, el verdadero Cristo, el único que responde á las exigencias del buen sentido, y el único tipo ideal y verdaderamente histórico que se sostiene ante lo que la sana crítica pide! Este es el Cristo que vive en la Iglesia, el Cristo que inspiró á Velázquez, el que inspiró los trabajos maravillosos de la teología católica, el Cristo enseñado por San Pablo y confesado por Pedro, el que dió al mundo legiones de mártires y de Santos, el que encendió la mente de los poetas cristianos, y, en nuestros días, inspiró las admirables páginas de Luis Veuillot, Faber, Augusto Nicolas, Bougaud, Didon y tantos otros, y, en fin, los indestructibles libros del sabio abate Fremont, que redujo á polvo cuanto la incredulidad moderna escribió contra la divinidad de Jesucristo «que, como San Pablo dice, es y será

siempre, y vive, reina y manda». ¡Este es nuestro Cristo, el Cristo de la Iglesia, el Cristo Dios, el Cristo de la historia!

Si entramos ahora en las bases que nos han dado esa síntesis, fácil sería escribir un libro entero sobre el asunto; mas ni el espacio tan breve de que disponemos nos lo consiente, ni hay para que repetir cosas que tan bien han sabido decir escritores insignes; bástenos apuntar las bases sobre que descansa tan hermosa verdad, la verdad católica referente á la divinidad del Cristo, y estampar algunos maravillosos pensamientos referentes al caso.

Jesucristo, nótese bien, reune en su persona caracteres tales que hacen de Él un personaje único, tan especial, que si no es Dios no se sabe lo que es; no puede calificársele, y habría que renegar del buen sentido, de la enseñanza de la historia y de la sinceridad de la Providencia; esto último equivaldría á legitimar la blasfemia, cosa enteramente absurda y además impía.

Jesucristo, antes de haber hecho su aparición sobre la tierra, «se preexistió como Dios», dice Lacordaire; su vida es la de un Dios; muere también como Dios; como Dios se resucita, y como Dios anunció el porvenir; acertó á crearse un reino inmortal en las inteligencias, en los corazones, en las voluntades, en el mundo social y religioso, y, lo que no se vió nunca, se creó singulares odios que muestran en Él algo distinto del mero hombre, y que no se explica bien sino es

reconociendo que es el *primogénito de toda criatura* y Señor del universo. El racionalismo, al explicar la vida de Jesucristo, se encuentra con ese verdadero arrecife que le cierra el paso; y en tal aprieto acude á lo imposible; al Cristo mitológico, Cristo imposible, que no cabe en la historia y contrario al Cristo real, al Cristo verdaderamente histórico, ó compone fantástica leyenda, novela traicionera que se vale de los matices engañosos del panteísmo para darnos un Cristo soñado, mas no el Cristo real; ó bien se niega, sin pruebas, su divinidad, y se da en el absurdo de ofrecernos un héroe inexplicable, sabio de academia, filósofo de oficio, jefe de bandería religiosa; es decir, un Cristo absurdo.

No queda, pues, otro camino que el de la sinceridad; ese camino es la leal confesión de que Jesucristo es el Verbo hecho hombre, que apareció en el mundo, sufrió por los demás hombres y fundó su Iglesia para darnos á todos el fruto de la redención.

Testimonios de la Apologética.

«Hé aquí el carácter de Jesucristo tal como el Evangelio nos lo ha revelado: desde el punto de vista de la inteligencia, sublimidad contínua; desde el punto de vista del corazón, ternura casta é inefable; desde el punto de vista de la voluntad, certeza absoluta de sí mismo. Mas este carácter es incompatible con el vicio innoble que ni siquiera me atrevo á nombrar, tan lejos está ya de vuestra mente. Jesucristo era sincero, porque era un en-

tendimiento sublime; era sincero, porque su corazón se abrió á los hombres como un santuario de ternura y de castidad; era sincero, porque tenía la absoluta certeza de sí mismo, porque tenía fe en su palabra, porque creía en sí. Jesucristo, como el Evangelio, que no es otra cosa que Él, Jesucristo era la sinceridad misma, y el encanto tan poderoso que se experimenta mirándole y oyéndole procede de la claridad íntima de su fisonomía, que le deja pasar todo entero al exterior tal como es.

«¡Bien! me diréis, Jesucristo era sincero, ¿y qué?; ¡otros muchos lo han sido! Un momento, señores, no lo meditáis. Jesucristo era sincero, creía lo que decía; mas decía que era Dios; se lo dijo á sus discípulos y á sus amigos, se lo dijo al pueblo, se lo dijo á la magistratura suprema de su país; fué condenado y murió por tal afirmación: luego creía que era Dios. Mas no podía creerlo si no lo fuese, porque es imposible equivocarse tocante á un hecho de conciencia tal como el de la propia personalidad, á menos de estar loco; pero Jesucristo no era loco, y era sincero; luego era Dios. Aquí, por una excepción que afecta á la naturaleza misma del asunto, la cuestión de sinceridad se confunde con la cuestión de la realidad. Y no es descubrimiento mío, vana investigación de mi entendimiento. Hace mucho tiempo, señores, que el Evangelio, estableciendo en el entendimiento de quienes lo leen atentamente la sinceridad de su héroe, les persuade su divinidad sin más argumento. En tanto que la Iglesia católica, hija y esposa de Jesu-

cristo, demuestra la divinidad de su Fundador por la divinidad de su propio carácter, el Evangelio, obrando de otra manera, prueba á los hijos de la Iglesia la divinidad de Aquel que la fundó. Y esta impresión es común á edades bien diferentes, á las tres edades del hombre; hasta tal punto es natural y se halla fundada sobre la verdad». (1)

Sobre el mismo asunto se explica el P. Félix, diciendo: «..... La divinidad de Jesucristo tenía aun que vencer otros obstáculos y salvar otras barreras para llegar á reinar. ¿Me preguntáis qué barreras son esas? Pues son la barrera de las ideas, la barrera de las costumbres, la barrera de las instituciones, la barrera de las nacionalidades y la barrera de las religiones.

«Barrera de las ideas. ¿Quién no conoce los abismos que abre entre los pueblos la diferencia de doctrina y el antagonismo entre las ideas? ¿Qué obstáculo, pues, no encontraba en el borde de ese abismo el Dogma incomparable de la divinidad de Cristo? Á pesar de eso ha salvado ese abismo, y las filosofías del Norte como las filosofías del Mediodía, y la idea oriental como la idea occidental, se han encontrado arrodilladas ante Jesucristo Dios, unidas en la misma fe y en la misma adoración.

«Barrera de las costumbres y de las pasiones humanas. ¡Oh! las hay por el mundo tan contradictorias y tan antipáticas al Dogma supremo del Cristianismo, que aún después de realizado el

(1) Lacordaire, *Conferencias en Nuestra Señora de París.*

hecho se preguntan algunos todavía, aunque sin poder darse respuesta en lo humano, cómo han cedido tantas resistencias al Dogma vencedor, cómo se han desvanecido ante su atracción tantas repulsiones, cómo han podido fundirse tantos odios en un mismo amor; y, en fin, cómo es posible que tantos elementos como conspiran á favor de las pasiones humanas hayan dejado pasar sin detenerlo el Dogma de la soberanía del Verbo y de la divinidad de Jesucristo, cuando venía á hacerles una guerra tan cruda y á causarles tan humillantes derrotas.

«Barrera de las instituciones. Bien sabéis lo que muchas veces cuesta á los genios más atrevidos y poderosos romper la dura corteza que forman en la superficie de los pueblos las instituciones seculares; y por cuantas leyes, prohibiciones y prescripciones tienen que pasar los dogmas nuevos para llegar á prevalecer. Pues bien: la divinidad de Jesucristo ha roto esa corteza, ha pasado á través del tejido de las instituciones humanas y de las constituciones sociales; y no han sido bastantes á detenerla todas las preocupaciones de las recelosas tiranías y de las legalidades envidiosas.

«Barrera de las nacionalidades. Formidable es esta barrera que á veces detiene las ideas más legítimas y las dominaciones más santas. Cuando una idea penetra en el corazón de un pueblo, cuando tiene á su favor el imperio de las simpatías, entonces marcha, corre, se precipita, y muy luego reina como soberana. Pero cuando la idea

causa extrañeza, cuando no se ha infiltrado en la fe ni en la sangre del pueblo, entonces la nacionalidad, es decir, el sentimiento nacional, la rechaza, como rechaza un pueblo oprimido el despotismo que le impone el extranjero. ¿Y cómo es que la creencia en la divinidad de Jesucristo ha entrado triunfante en el corazón de tantas nacionalidades distintas y las más veces rivales?

«Pero entre el reino de Jesucristo Dios y las naciones de que trataba de enseñorearse había una barrera más profunda que todas esas, y era la barrera de las religiones: existía el obstáculo siempre vivo de los cultos, de los sacerdocios y de los símbolos que no se resignaban á morir; existía, sobre todo, como elemento de oposición á ese reino del Dogma libertador, la complicidad unánime de todas las religiones serviles, que bajo el escudo de la protección real, consular ó imperial, buscaban abrigo contra todo nuevo dogma: existía, en fin, la conjuración de todos los dioses contra Cristo Dios, porque proclamar Dios á Jesucristo significaba el derrumbamiento de todos sus templos y la ruína de todos sus altares. ¿Y quién no comprende toda la profundidad del obstáculo con que tropezaba aquí la divinidad de Cristo para conquistar la dilatación y la universalidad de su reino? Pues bien, señores; la divinidad de Cristo ha pasado á través de todos esos templos derrumbados, de todos esos altares hechos pedazos, de todos esos símbolos pulverizados; y todos los dioses que han caído por tierra al oir su

nombre le han formado con sus escombros el camino para su marcha triunfal.

«Así es, señores, como el Dogma de la divinidad de Cristo se ha lanzado á través de todos los obstáculos y por encima de todas esas fronteras de la naturaleza, de las ideas, de las costumbres, de las instituciones, de las nacionalidades y de las religiones, tomando vuelo en el apostolado cristiano, avanzando hacia todos los puntos del globo, y haciendo resonar en todos los ámbitos del mundo las palabras que anunciaban el mayor misterio de Dios y el hecho más grandioso de la humanidad: *Verbum caro factum est et habitavit in nobis*. (1) (El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros; y vimos brillar su gloria, la gloria del mismo hijo de Dios).

«Adórenle, pues, todas las naciones; caigan de rodillas ante él todos los pueblos. Y todos los pueblos lo han adorado, y á todas las naciones prosternadas en tierra ante el trono de su divinidad las oígo exclamar, no por la voz de un hombre, sino por la de millones de hombres: Tú eres Cristo, hijo de Dios vivo. He ahí el hecho por excelencia, que dice en su pública claridad: Mirad y veréis que el reino de Dios es tan grande como el espacio». (2)

Véase lo que el doctísimo abate Fremont escribe:

---

(1) San Juan I.

(2) P. Félix, *Conferencias en Nuestra Señora de París*; traducción castellana de D. J. M. Antequera.

«Es efectivamente una cuestión de filosofía, mucho más que una cuestión de exégesis, la que se agita entre la Iglesia y los adversarios del Dogma de la divinidad del Cristo. Un solo punto les es común. La crítica bíblica independiente y la Iglesia católica se hallan de acuerdo, generalmente, sobre el contenido objetivo y gramatical de los textos, pero difieren en todo lo demás en la interpretación que de ello dan. Mas la interpretación no es diferente sino porque lo son los principios de ella, y estos principios no son ellos mismos diferentes sino porque no proceden de un mismo sistema filosófico. La Iglesia cree en el milagro, porque cree en un Dios distinto del universo, infinito, libre, bueno y omnipotente. Y el libre pensamiento no cree en él, porque tiene acerca de Dios otra idea y no admite algunos de sus atributos constitutivos. Por esta razón, Ernesto Renan se engaña ó engaña á sus lectores cuando dice: «En esta gran lucha empeñada entre mi razón y mis creencias, evitaba cuidadosamente el hacer ni un solo razonamiento de filosofía abstracta. El método de las ciencias físicas y naturales, que en Issy se había impuesto á mi entendimiento como una ley absoluta, hacía que desconfiase yo de todo sistema....., mis razones fueron todas del orden filosófico y crítico: en manera alguna fueron del orden metafísico, político, moral». (1)

«M. Renan no podría darnos un chasco. Hemos

(1) E. Renan, *Souvenirs d' enfance et de ieunesse.*

estudiado en Issy, como él; hemos aprendido las ciencias físicas y naturales y creemos que «su método es absoluto». Mas ¿en dónde *las ciencias físicas y naturales* han demostrado que Dios no podía intervenir y que no había intervenido en el curso normal de las leyes de la naturaleza?; ¿en dónde *las ciencias físicas y naturales* han demostrado que Moisés no vió jamás á Jehová en la zarza ardiendo, que San Pablo no hubo jamás oído á Jesucristo en el camino de Damasco, y que los quinientos testigos de la Resurrección eran todos alucinados, cuyo testimonio aceptado sin pruebas era no obstante capaz de mover á millones de mártires á derramar su sangre y á millones de doctores á emplear su genio en favor de un mito sin consistencia? Echemos á un lado toda mala inteligencia. Ernesto Renan no interpreta, en sentido legendario, las narraciones milagrosas del Pentateuco y del Evangelio sino porque no cree en lo sobrenatural. Su filosofía panteísta, tomada de Spinosa y de Goethe, es quien hace de él un exegeta incrédulo. *Las ciencias físicas* nada tienen ahí que ver y sus estudios en Issy no tienen parte alguna en eso. Esos mismos estudios han producido en mí un resultado enteramente distinto. Luego no son ellos, sino la interpretación arbitraria y pseudo científica que se les da, quien solamente es causa de eso. Mas, esa interpretación procede de la filosofía, de la metafísica: Luego Renan no se da cuenta de lo que dice ó engaña á aquellos á quienes se dirige. El eminente prela-

do, que combatió victoriosamente algunos de sus más temerarios asertos, ha escrito acertadamente: (1) «En realidad, la crítica bíblica de nuestros días procede de la filosofía mucho más que de la historia. La exégesis actual es corolario lógico, consecuencia de un sistema filosófico. Es hija de las teorías idealistas ó materialistas del siglo XIX. Corresponde al estado de las inteligencias desde Hegel hasta Schopenhauer». (2)

Véanse sobre este asunto, además de los autores aquí citados, los trabajos de Augusto Nicolás, Caminero, Monseñor Freppel y Monseñor Bougaud; como obra de tésis ó expositiva, el libro admirable de Luis Veuillot, *Vida de Jesucristo;* y como obra maciza, la que lleva igual título, del P. Didon.

LECCIÓN VII

El racionalismo y el Dogma de la Santísima Trinidad

Entramos ya en las relaciones ó harmonías del dogma cristiano con la razón humana, ó, por decir mejor, con la razón. La razón no es cosa inventada por el hombre, ni cosa que el hombre pueda darse á sí mismo ni á los demás; la razón es un don de Dios, una facultad del alma humana, una luz esplendorosa que nos ilumina y nos distingue del

(1) Monseñor Meignan arzobispo de Tours, *David roi, psalmiste, prophète.*

(2) Abbé Fremont: *La divinité de Jésus-Christ et la libre pensée,* tomo 2.º

puro animal; por eso, con tanta exactitud, el hombre es llamado animal racional. Pero si la razón es luz natural que viene de Dios, la fe es don sobrenatural que procede del mismo foco; son dos rayos desprendidos del mismo luminar, aunque distintos por su condición; natural el uno, sobrenatural el otro, pero formando perfecta consonancia, pues de otro modo necesario fuera poner contradicción en su origen, que es Dios, y esto es manifiestamente absurdo.

Ahora bien; esta ley general de conformidad ó harmonía brilla esplendorosa en todos los dogmas, al estudiarlos en sus relaciones con la obra de Dios, y al aplicarles la ley de comparación mediante el ejercicio legítimo de la razón; y lo veremos comenzando por el primero, que es el de la Santísima Trinidad, ó sea el misterio de la vida íntima de Dios, de esa vida inefable que se encuentra en la hermosa ley de la unidad en la variedad ó multiplicidad, ley singular que aparece en todo y en todas partes, dando así testimonio de su imprescindible necesidad.

El Dogma de la Santísima Trinidad se constituye en la afirmación ó confesión de un Dios único, en tres distintas personas: Dios Padre; Dios Hijo; Dios Espíritu Santo. Cada una de estas personas es Dios; pero no suman tres dioses; porque si bien la una no es la otra, todas son Dios, mas no un Dios distinto cada una de ellas. Unidad de la substancia divina; triplicidad de relaciones en Dios; y como tales relaciones son perfectísi-